

## Prenom, Carmen

*... sólo vestida de ti  
mis ropas tienen sentido.*  
**Carmen Hernáiz**

### **La ventana**

Pasaba por ahí. Así nomás, ni siquiera recuerdo si iba hacia algún lado. Ni lirios ni laureles azotaban la calma del entorno, iba tras el poema o su inocente furia inútil, iba. Sin zapatos, creo que iba, por una calle indiferente al mar y a los guijarros, y miré. Luz encendida, vi. Y, sin tocar, subí... Estaba allí, oficiando en la mesita de hacer versos con la paciencia elemental del que no tiene prisa, con la augusta sapiencia del que no sabe nada del fuego, y lo domina porque sí. Si me senté, ya no me acuerdo. La luz era la luz porque el poema ardía sin malicia en los dedos y en la elusión de la que escribe sin fanfarrias ni artimañas. Pensé en Goddard y en los azules de Cezanne, dormida luz que enciende melodías cuando conjuga el verbo arena entre los dedos y el texto. La Hernáiz oficia en la ventana, ojo por el que alumbra deslumbrada, sencillamente escribe o tira al cielo el mar de su inconciencia cuando accede a eludir mis torpes alusiones.

### **De buena tinta**

—¿Con qué afilada punta rasgas el infinito para que brote el poema todo húmedo de luz y vida, Carmen?

—Con la placidez más roma, más suave, más sin aristas. Escribo de forma muy simple y las cosas surgen de la misma forma. Para escribir sólo necesito sentirme como mínimo, moderadamente feliz.

—¿Y el mar, qué pájaro o qué pez lo empolla o le pone alas para que nade o vuele en cada trazo que cincelas sobre la página desnuda?

—Para llegar a un poema sólo hay que sentirlo un poquito antes. Aunque es cierto que cuando uno está en su mejor ambiente, ya pone el medio mejor para concluirlo. Yo vivo junto al Mar Mediterráneo, el más bello de los mares. Y no hay poema más hermoso que su horizonte.

—Háblame de las palabras, de aquellas que te soltó en el puño el abuelo Javier, con las que desde entonces, desconstruyes y rearmas un mundo armónico que se piensa en el fluir dialógico de tus textos

—Mi abuelo era un ser maravilloso que vivía en poesía. Me escribía versos para besarme, para abrazarme, para quererme. Liaba sus cigarrillos a mano, pero siempre llevaba también, en la petaca del tabaco, un pequeño y gastado lápiz. Y escribíamos juntos en los papelillos, antes de fumar, los versos que queríamos que fueran eternos. No conservo ninguno, pero llevo aún conmigo todas esas sensaciones enormes y cada día, después de tantos años, lo recuerdo como si estuviera sentado conmigo en la arena de la playa.

—¿Qué escribes? ¿Eres poeta? ¿Es de fiar la gente que asume tales riesgos? ¿Por qué escribes?

—Escribo pequeños retazos de la vida. De la mía, de la de otros... No creo ser poeta, no. Voy haciendo incursiones en ella, como quien visita la casa de un buen amigo que invita a hablar con el alma a flor de piel. Pero hacerlo es un arma de doble filo y no creo estar tan comprometida como para

desnudar por completo mis sentimientos más profundos. Me siento mucho más yo cuando escribo prosa. Más en mi casa, sin pudor al desnudarme.

Escribo, a ratos, por pura necesidad de expresar en palabras escritas lo que la timidez calló a mis labios.

—¿En realidad, crees que hay fronteras insalvables entre los géneros? ¿Dónde reside tu distanciamiento con los preceptistas y los modistos de señoras?

—No sé si insalvables, pero sí las hay. Y prefiero que sea así. Me gusta disfrutar de cada uno de ellos y apenas dejarlos que se rocen de vez en cuando. Poesía y prosa pueden estar muy próximas en ocasiones, pero es maravilloso poder crear y contar historias de la forma en que surgen desde lo más profundo del alma. Mis distanciamientos... Lo mejor de los preceptos es poderlos violar de vez en cuando. Creo que dejaríamos de divertirnos con la vida si todo estuviera encorsetado en normas invulnerables. Por eso tampoco sigo la moda. Los modistos queden para las señoras. Yo quiero seguir siendo una chica que disfruta escribiendo mientras Aute, Serrat o Sabina le susurran al oído las más bellas canciones.

—¿Qué me dices de Carmen?

—Yo aparecí por el mundo en Madrid, pero el mar siempre me llamó a él. Los viajes fueron mi pasión y en ellos dejé años, recuerdos y experiencias que nunca podré contar del todo. No sé si me cuelo en el lugar, apelo a mi mezcla de sentires... Mi nombre: Carmen. Profesión: Traducciones y correcciones. Pluriempleo: madre, chofer de cole, ama de casa. Deporte: dormir en cualquier lugar, reírme de la vida. Lo que me gusta: jugar con las palabras, los conceptos, las ideas. Mi tiempo con mis amigos. Lo que me engorda: absolutamente nada. Debilidades: la amistad, mis rebotes en general. Idiomas: Castellano para hablar, inglés para trabajar, (y para regañar a los hijos), catalán para escuchar, italiano para maldecir, portugués para recordar.

—¿Qué acababas de ocultar en tu archivo secreto en el instante en que, sin tocar, subí con la socorrida excusa de las luces encendidas?

—Oculté la llave de la luz, para que nadie pueda apagarla. Mientras haya luz, podremos seguir charlando.